

El Premio Nacional de Poesía Amado Nervo tiene una larga tradición en el escenario de la literatura mexicana contemporánea; y el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Nayarit reafirma el legado del insigne poeta nayarita, Amado Nervo (Tepic, 1870; Montevideo, 1919) al convocar, después de dos años de ausencia, a esta decimonovena edición del más importante galardón de poesía que otorga el Gobierno del Estado de Nayarit.

Todas las piedras angulares, libro ganador del XIX Premio Nacional de Poesía "Amado Nervo" es una obra que -a decir del jurado de este certamen- muestra un lenguaje que logra metáforas a partir de lo cotidiano, donde su autor entrevera la soledad, el amor y el odio en un canto de unidad lírica, mediante un léxico claro, sencillo y preciso.

Las tres secciones y la coda que integran este poemario descifran y re-cifran escenarios algunas veces perturbadores y otras -las menos- entrañables, sobre los que el yo poético construye su memoria y las bases (las piedras angulares) de esa casa que es su propia identidad.



ADÁN BRAND

TODAS LAS PIEDRAS ANGULARES



PREMIO NACIONAL DE POESÍA AMADO NERVO
2022

CONSEJO ESTATAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES DE NAYARIT



ADÁN BRAND
(Aguascalientes, 1984)

Es autor de *Soy más inhumano cuando como vegetales* (Eximia/Imac 2014), *Animalaria* (Eximia/Imac 2018) y *Péndulo y Sextante* (Eximia 2022). Además, ha participado como coautor, editor o coordinador en más de una veintena de libros de poesía, ensayo, narrativa y estudios lingüísticos y políticos. Entre otros premios y reconocimientos, recibió el Premio de Poesía Desiderio Macías Silva (2008), la Medalla Alfonso Caso al Mérito Académico (2013), la beca de la Fundación para las Letras Mexicanas (2014-2015 y 2015-2016), el Premio Nacional de Poesía Joaquín Xirau Icaza (2019), la beca PECDA para creadores con trayectoria y, con este libro, el Premio Nacional de Poesía Amado Nervo (2022).

OBRA GANADORA PREMIO NACIONAL
DE POESÍA AMADO NERVO 2022



Nayarit
NUESTRO ORGULLO Y COMPROMISO

CONSEJO ESTATAL PARA
LA CULTURA Y LAS ARTES
DE NAYARIT

FESTIVAL CULTURAL
**AMADO
NERVO**
2022

Miguel Ángel Navarro Quintero

Gobernador Constitucional del Estado de Nayarit

Irma Gloria Pérez Pérez

Directora General del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Nayarit

Juan Pedro Delgado Pérez

Director Cultural del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Nayarit

Luis Ramón Ventura Arce

Encargado del Programa de Fomento a la Lectura y la Literatura del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Nayarit

Este libro es resultado de la convocatoria del XIX Premio Nacional de Poesía Amado Nervo 2022. Fue editado e impreso con recurso del Gobierno del Estado de Nayarit a través del financiamiento para la XXI edición del Festival Cultural Amado Nervo 2022 organizado por el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Nayarit.

**PREMIO NACIONAL DE POESÍA AMADO NERVO 2022
ADÁN BRAND | TODAS LAS PIEDRAS ANGULARES**

Primera edición 2022

Cuidado de edición: Rodolfo Dagnino

Cuidado de diseño: Sergio Ocampo

ISBN: 978-607-8863-15-0

Derechos reservados a la ley

© **Universidad Autónoma de Nayarit**

Ciudad de la Cultura Amado Nervo

Boulevard Tepic-Xalisco S/N

C.P. 63190

Tepic, Nayarit. México

Teléfono 311 211 8800

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin previa autorización escrita por el autor.

Hecho e impreso en México

Adán Brand

TODAS LAS PIEDRAS
ANGULARES



COLECCIÓN PREMIO NACIONAL
DE POESÍA AMADO NERVO

Premio Nacional de Poesía “Amado Nervo”

Listado histórico de obras ganadoras

- I. 2002. *Monólogo del habitante*, de Herminio Martínez
 - II. 2003. *La pureza inaugural*, de Luis Armenta Malpica
 - III. 2004. *Razón de Mundo*, de Rogelio Guedea
 - IV. 2005. *Video Ergo Zoom*, de Rafael Sánchez Villegas
 - V. 2006. *Ríos de la noche oscura*, de Álvaro Solís
 - VI. 2007. *Tabernáculo*, de Leonardo Varela
 - VII. 2008. *Funerales que jamás las brujas*, de Miguel Ángel Ortiz
 - VIII. 2009. *El síndrome de Tourette*, de Christian Peña
 - IX. 2010. *Y era dulce tu nombre como las garzas blancas*, de José Luis Amparo González
 - X. 2011. *Cacerías*, de Oliverio Arreola
 - XI. 2012. *Altar de la indolencia*, de Luis Girarte
 - XII. 2013. *Alud*, de Román Luján
 - XIII. 2014. *Estaciones nocturnas*, de Ibán de León
 - XIV. 2015. *Teoría sobre las aves*, de Beatriz Pérez Pereda
 - XV. 2016. *Breves*, de Manuel Parra Aguilar
 - XVI. 2017. *Marabunta*, de Balam Rodrigo
 - XVII. 2018. *Browning*, de Eduardo Saravia
 - XVIII. 2019. *Poemas que hubiera escrito Bob Dylan*, de Miguel Barquiarena
- Durante los años 2020 y 2021 no se convocó al Premio.
- XIX. 2022. *Todas las piedras angulares*, de Adán Brand

CABALLOS

*un viejo caballo
largo de oído, estrecho de
entendederas, preocupado*

Gonzalo Rojas

*y no recuerdo qué
habrá quedado entre
una y otra capa de la piel que perdí*

Dolores Castro

Rumia el potro su misterio teologal

No conozco otro Dios que mi jinete;
no conozco otro jinete que mi padre;
no conozco otro padre que mi Dios.

He ahí el Trino y Uno:

el fuate, la sangre y la promesa.

Sueño con padre y tormenta

Sintió el potro que el río se elevaba;
se hundía
la certeza de sus cascos.

Tronó el relámpago y tronó
la voz de tromba del jinete
atravesando el cauce,
la tormenta,
la terrible sensación
de ahogarse;
de comprender la mirada hiperbólica del potro nadador,
caballito de agua dulce.

Los ijares abiertos por el fute,
el turbio proceder de las espuelas,
la ira descargada
inútilmente en un caballo breve
y temeroso
padre:
no puedo atravesar

—relincho,
no puedo con tu cuerpo sobre mí.

Y bufo ya y resoplo
y ya resuello
mirando la mirada suplicante,
las luces que se estiran
y se borran.

Autorretrato a las 03:30

El caballo feroz de la vigilia;
el potro de la fe

—que no es caballo;

las espuelas del amor,
del odio,

—que se clavan igual en los ijares;

las palabras que me bebo,

las críticas:

su dorado sabor al masticarlas

en el tibio abrevadero del café,

los restaurantes, las barras

ferrosas de los frenos

que otro va imponiéndome

—sin apenas darse cuenta.

Y bramar con labios apretados

por temor a recibir el fuste en las espaldas.

Ir de purasangre a rucio

o galgo tras la liebre ilusoria del dinero;

o marido burócrata con prole

y un establo de interés social.

Ir del fuate del padre

a la correa de la culpa

y el oscuro confesor

—su inútil penitencia

de credos y rosarios;

al psiquiatra

—la inútil sertralina.

Los temblores.

La pérdida de bríos.

El insomnio.

Bucólico

Sueña andar entre plumeros

—carrizos de la pampa

dorados en el cobre

rumoroso de la tarde;

sueña la crepitación alada

de las chinchas,

de las hojas trituradas por las huestes

de brevísimos ejércitos acorazados;

sueña el bermellón

bajo sus cascos;

el sonoro termómetro

de las cigarras;

la delgada película de celofán

que hace temblar como una cuerda

de guitarra al horizonte;

sueña que se sueña así:
andando lentamente,
rumiando alguna idea,
espantándose
un poco más que moscardones.

Pero siempre a la mitad del sueño,
al observar el lustre de sus crines,
el húmedo pelaje que le puebla,
mira en una grupa su pasado
como una cicatriz aún humeante
—rescoldos de la infancia
de esa pira bautismal
que marca a fuego y hierro los blasones.

(Se despierta en la herida de la luz
que traspasa las cortinas).

Tiovivo

Va la alegre procesión
de los potrillos
al museo,
zapateando en las tarimas,
relinchando al mundo
tan magnífico y enorme
sus escasos metro y cinco
de estatura;
y detrás,
con pasos bien atentos,
atando con riendas metafísicas las yuntas,
siguen los marrones ojos de la yegua
las cabriolas,
los retozos,
los brinquitos juguetones
de la estirpe putativa de los lunes.

¡Ah, caballa hermosa!

No eres tú la de mi infancia
pero en ti se empalma su figura.

Si te vi en mi doncellez
como un portento,
alta al alcanzar los altos entrepaños
del librero y al borrar el pizarrón
de arriba abajo;
grande, como toda mujer
de edad indistinguible,
hoy observo que tu frente
apenas tocaría mi nariz
y en tus breves
pero altivos senos
te calculo veintitantos.

Cómo quisiera relinchar ahora
que verte es espolear
la sed que no podrá ser satisfecha

en un abrevadero
y espolpear también
—jinete a fin de cuentas
en tu grupa;
que tus ojos hoy miraran a los míos
y tu voz magisterial me acariciara
con ternura, pero no
con la inocencia calculada
de los lunes,
sino con esa tibia oscuridad
de un viernes por la noche;

que las yuntas inocuas
que hoy ordenas
pudieran transformarse
en la turbia comunión
de nuestros cuerpos.

Pero te vas
y no me has visto.

Y ya solo escucho muy apenas,
debajo del bullicio de los potros,
tu voz quebrada
de mujer y niña;
de estudiada potranca maternal
que guarda el aparejo para otro
u otra
o para nadie.

Tambores subterráneos

Se escucha todavía la voz
el eco reiterándose en la bruma
entre bramidos
sobre el bronco redoblar
de los tambores subterráneos
bajo el hondo y frío
crepitar del cielo que se rompe
en mil cristales
en luciérnagas de agua endurecida
en tormentas de pólvora y de fuego
oh jinetes elementos dioses
huestes de pulmones y trompetas
invisibles mirmidones hunos
pájaros-ojiva del Señor
aún retumban las paredes
se estremecen todavía
las casas los mercados
anunciando su temor

el crujido creciente de las traves
ya se puede ver
el paso arrasador de los caballos
que ahora vuelven giran
hacia acá los belfos vuelan
otra vez las lanzas pronto
habremos de sumarnos al murmullo
pronto habremos de sentir
en carne propia
la catástrofe.

Este crepitar de equinos

Lleva el silencio su tropel
de potros desbocados,
su jauría feroz de angustias,
de hambres no saciadas
y de miedos
acaso primitivos,
acaso monstruos de la razón,
tigre también de los silencios.

Llevan las horas de pura soledad
no epifanías,
no la puntual visita
de didácticas manzanas
con su pulpa de teoría salvadora,
sino más bien letargos,
venenos que nos pueblan de vacío,
lenta pero inevitablemente
como una enfermedad
de trópicos y selvas.

Lleva el tiempo su gotera impasible

—arrítmica pero constante

de augurios y certezas:

desencantos minúsculos

que sin embargo;

dolores superables

mas de pronto

cómo se acumula,

cómo implosiona todo

y se concentra en el momento justo

en que nos abandonan.

Y ahora qué hago yo

con este crepitar de equinos,

con este vendaval de tigres,

con esta enfermedad de perros,

con este estar en mí

solo conmigo.

Ungido

Tenía la zarza y el incendio
en la punta de la lengua:

era pentecostés mi corazón
porque creía hablar en ese idioma
que es todos los idiomas;
esa piedra singular
que contenía temores astronómicos,
universales;
odios humildes y constantes
como una espina en el zapato;
amores cercanos al tedio o la amistad;
la convención de los días sucediéndose
interminablemente hasta que se terminan.

Era mi voz la elegida
de algún dios

o del azar misterioso
que nos hizo racimos de moléculas parlantes.

O eso deseaba:
quise creer que era profeta,
apóstol de todas las personas,
porque tenía la llama en la punta de los dedos
aferrados como náufragos
a una astilla de madera y de carbón.

Pero el mar
(la hoja
y la delgada manta de penumbra
que se iba disolviendo en la ventana)
permaneció con su blancura
con su dulce tempestad de silencio
(aunque el gallo comenzó a cantar).
Los dedos rígidos fueron cansándose
hasta soltarse de la astilla,
ahogando al corazón que se creía el ungido.

Tuve la noche.

Tuve el fuego

y la lámpara preciosa de la soledad

para cantar a todos

desde todos:

escuché el idioma prebabélico,

el canto unificado

que hermana a Adán y a Gilgamesh,

a Teresa a Juan de Yepes y a mi madre.

Pude escuchar aquella lengua,

esa potencia acústica

tejida a la médula espinal de cada uno

y no pude hablar.

No supe ser la voz que expresara

la dulce fascinación por las hogueras,

por escuchar llover a media tarde

o las ganas de exfoliar,

en ese rito de pájaros y orangutanes,

la espalda tibia e imperfecta y dócil
de algún ser querido;
ni siquiera hablar del asco y el terror
comunitario hacia las ratas,
de la urgencia de tener un dios
o de esa gris conciencia que tenemos
de la muerte.

Todo lo que hice fue esperar,
acompañar la noche en su naufragio
y perecer con ella.

TARÁNTULA

*a la media noche se oyó un clamor:
¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!*

Mateo 25, 1-13

*tu delgada figura debajo de las cobijas, tu cara
que beso mientras me inclino en este mismo instante
y como sea que logre llevar el duelo
que está por venir, sé que no va a cambiar esto, esto.*

Kim Addonizio

Recámara nupcial

Ha guardado silencio la luz
y una tiniebla tímida nos va llamando.

No hay lámparas de aceite aquí
como en aquellas noches
de parábolas sencillas
en que las jóvenes velaban
esperando el regreso del esposo.

Sólo esta luz en mi buró ilumina
la cuenta temblorosa del rosario.

Pero es insuficiente:
entra en mí la voz siniestra del temor
como si en un bostezo
en vez de aire
hubiese entrado un poco de negrura.

Y si me duermo,
cuando llegues, Señor, a medianoche,
¿mi lámpara estará encendida?

Más vale que no:
sería mejor que se apagara;
que el ojo de tu juicio
no pudiese vernos
en esta vigilia de llantos
y silencio cómplice.

Escalera

6 grados por 6;
tal vez 40 grados,
este río transparente
este caballo que descuelga
su trote de agave hacia el estómago,
con su golpe de euforia y su relincho
en el centro de su propia tolvana,
martillando el corazón con el eco sordo,
reiterativo, casi igual, de las herraduras
y cómo va perdiéndose la sobriedad, la calma,
cómo se entume la mirada, se endurece también
el corazón; se aviva una memoria lenta, primitiva:
bípedo, cuadrúpedo, pentápodo: se transfigura el cuerpo,
se bestializa: le brotan angulosas patas negras retoños
de esa negra involución de la taranta tarantela casi amor
y casi un baile tragicómico del novio desposado sin camisa
sinvergüenza que a traspíes a gritos empellones echa a todos del convite
pero cuál novia cuáles invitados si la boda terminó hace muchos años

casi era cosa del amor aquel lento ascenso de la sangre de las escaleras
casi un gesto de disculpa de ternura el eco tímido y puntual de la cerradura

—¿Estás dormida?

Cuarto púrpura

Cada noche trato de permanecer despierta.
Miro en el cristal el árbol de nudosas ramas
 llamándome, llamándome,
 suplicando con falsa timidez;
tocando con su gravedad paterna
 la ventana, el vidrio tembloroso
 que resguarda mi cuarto
 del sucio vendaval.
Debajo de esta pieza, la cocina:
 los ruidos del noctámbulo
 que ha abierto el refrigerador;
luego la escalera, las pantuflas arrastrándose
 de a poco; el pasillo que da al cuarto
 en que espero, mordiéndome las uñas;
 la chapa de la puerta;
la diagonal de luz que llega hasta mi cama
 y esa sombra
 que oscurece todo en el resquicio.

Umbral

—Huesos de mis huesos;
sangre de mi sangre. Porque fue de mi
blancura, de mi paz, del recuerdo de los labios
de mi madre: la pulsión de su sonrisa y de su pasmo;
porque fue de ahí que yo aprendí a palpar otras formas
dolorosas de la dicha. Porque todo es ciclo y todo es pertenencia;
porque todo inevitablemente se repite, vive en mí su gesto endurecido,
sus pómulos salientes, la costumbre de arrastrar los pies para anunciarse;
y vive en ti la forma angulosa de su rostro; pero también, cuando me acerco,
la mirada humedecida con que yo solía mirarla. Huesos de mis huesos; carne
de mi carne: ¿Recuerdas cuando abriste la jaula del jilguero?
Cómo se hizo un corazón de plumas en tus manos; cómo
quería escapar de ti, que sólo eras un manojo de ternura.
Si hubiese intentado comprender que le querías, no
hubiera sentido tus dedos como zarpas. Amor:
tú eres un jilguero entre mis brazos.

Cuarto púrpura

Cada noche sueño
que debajo de la almohada
se esconde una tarántula:
adivina mi piel y la desea
con un amor enloquecido.
Cuando mi cuerpo ya no me responde,
ella sale arrastrándose y me toca;
me recorre lentamente
hasta alcanzar mi estómago,
con su ardiente caricia
de ocho dedos.

Siento
su tibio peso abdominal,
la cólera del beso
rasgando el nudo de mi vientre.
Abro los ojos y la miro
descargar su veneno hasta secarse,
mas no logro mover ni una pestaña.

Insomnio a tres voces

Los dos extremos de la misma cuerda
a veces, si se trenzan, se confunden.

Un beso puede tener rabia;

las yemas de unos dedos que acarician
pueden ser también cuchillos, guadañas
que siegan un trigal antes de tiempo;

en los ojos, en la triste humedad
de los ojos cabe la ternura y el rencor

mientras los rostros se deforman,
mientras se aprietan las quijadas

y el llanto es un gemido imperceptible.

Recámara nupcial

Dios te salve,
transcurrir del tiempo;
instante luminoso en que la luz
(la última encendida de la casa)
se extingue.

Lleno eres de gracia,
discreto abismo de negrura:
su estentóreo respirar
junto a mi almohada
va envolviéndome,
cerrando la ventana a la oración
melancólica de la jauría
que allá lejos, en otra calle,
guarda su puntual desvelo.

Bendito entre todas sus mujeres
duerme el rey, mi rey,

la hermosa bestia reducida.
Sombra imantada de un reflejo
perverso e infantil,
sombra luminosa entre las sombras,
su rostro se disuelve
en un gesto de huérfana ternura.
Regresa su expresión
a la expresión de un niño
que sonrío
(así me gusta imaginarlo).

Si la hora de su muerte fuese ahora
libre ya de todo mal y tentación,
a quién, Señor, condenarías.

Todo el amor y todo el odio:

los dos extremos de la misma cuerda

trenzados,
confundiéndose.

Camino al colegio

Baja a segunda
y da un golpe al tablero;
se cierra como un puño y amenaza,
la irascible; ahora busca
otra estación de radio,
la impaciente; va al volante
otra vez, la infeliz tarántula
de vello encanecido;
viene a mi muslo
la tímida, la cariñosa.
Qué inofensivo es
por la mañana,
y qué seguro el auto
donde vamos en silencio
escuchando las noticias.
Cómo adoro el tráfico,
el tiempo detenido en la avenida,
el murmullo en el cristal

de cláxones y gritos
que me va arrullando,

que me va llevando
a un sueño
donde nada
me despierta.

TERMITAS

*el cambio
imperceptible de la piedra
que surge de la nada
como aviso de Dios*

Malva Flores

I

La casa había resistido al tiempo,
al abandono que hace décadas creyó definitivo;
la casa había permanecido en pie
a pesar de los constantes ataques
de la lluvia,
de la hierba creciendo entre sus pliegues,
de las demoliciones en la cuadra
para hacer condominios.
Detrás del polvo, la tierra, el salitre,
de la sábana de abrojos
y las manchas de musgo de los baños,
detrás de la pancarta de se vende
permanecía la casa
con una obstinación de cuerpo vivo.
Su antigua dignidad,
el respeto que inspiraba su portón de roble,
su cantera,
o tal vez la historia que guardaban sus paredes
nos hizo decidirnos.

II

No fue solo paciencia y albañiles:
para habitar la casa,
para sumar la historia personal
a las historias que ya eran parte de sus muros,
hizo falta ponerse de rodillas
y lustrar,
tallar las manos y moler la espalda,
agotar los baldes y las jergas,
permanecer
para asumir el olor de los azahares
y las rosas marchitas de los patios.
Sólo entonces hicimos la mudanza.
Sólo entonces entendimos
la esencia especular de aquella finca:
porque escuchar la lluvia en el zaguán,
la música de agosto en los tejados
y ver la luz de los relámpagos
multiplicada en los grandes ventanales,

era ver hacia uno mismo:
descifrar las luces y las sombras
que habitaban en nosotros;
las voces de los propios inquilinos.

III

¿Cuántas voces caben en un siglo;
cuántas en una habitación?

¿Cuántos secretos
exhuma el salitre de los muros?
¿Cuántos ecos en esos corredores
se ajustaban al ruido de mis pasos?

A la voz del campanario de la iglesia
que partía nuestra jornada en horas desiguales,
se agregaban las voces de los pájaros,
también el tic-tac de los relojes
siempre idéntico a sí mismo.

Más allá de ese concierto alejado
del ruido de la calle
iba emergiendo otro murmullo.

Nadie pone en duda que las paredes oyen,
que guardan cuidadosamente nuestra furia,

el veneno que arrojamos por la boca.
Nadie duda de cuidarse de los muros,
de bajar los decibeles al decir aquello
que no debe decirse;
pero nadie cree que las paredes también hablan;
que tejen un murmullo intermitente;
que reflejan.

IV

¿Y el eco de esas voces
venía de mi mujer o de la casa?

Yo escuché el susurro:

voces de la piedra;
cuerpos hundidos en los cimientos.

la canción de unas mandíbulas
rasgando por dentro las paredes.

Yo escuché esas piedras;

la rumorosa voz;

la seca saliva de aserrín

formando montoncitos disgregados de roble,
de arcilla. Y lo supe:

se hunde quien levanta grandes piedras;

y supe que en las venas de la casa

se expandía el cáncer.

Pero nunca supe

si ella escuchaba también ese torrente

—mío, suyo, de la casa—

o si en verdad dormía.

¿Cómo confiar en alguien

que duerme con los ojos entreabiertos?

V

Tal vez fue en la rutina
de lavar los trastes o de sacar la basura,
o quizás en el hecho
de que casi nunca se encontraban nuestros ojos,
de que no había mucho que supiésemos decir
para matar las horas,
de que no pasaba nada salvo estar ahí
viendo la lluvia desbordar la fuente
para ir por una escoba
e intentar destapar las coladeras;
tal vez fue al comprender
que hay ciertos lugares que nos imantan,
que al dejarnos satisfechos nos vacían;
no lo sé,
pero empezaron a sonar las voces
con menor intermitencia.

VI

Cada vez con más frecuencia
buscaba la sombra del mezquite;
ahí, recogiendo los frutos
que en la tarde caían de nuestro árbol,
preguntaba, dentro de mí,
aquel murmullo nítido, perturbador,
como el follaje movido por el viento
cuando las sombras se hacen
tan largas que envuelven lo que tocan:
preguntaba
si en verdad era feliz conmigo.

VII

¿Cómo era indiferente
al polvo de aserrín y arcilla
que todas las mañanas encontrábamos
regado a puños en los pisos?
¿Y cómo, sin embargo,
se acomedía siempre para barrer aquello?
Lo pensé tan alto como pude
para que escuchara,
con los labios tan cerrados como pude,
para evitar que en sus oídos
comenzase a ser verdad
la frágil solidez de nuestra casa.

Por toda respuesta a la insistencia de mis ojos,
su mirada.

Qué silenciosamente cabía un mundo en esos ojos.

VIII

A la distancia,
imagino que eso que miramos aquel día al despertar
era la sangre de la casa
que goteaba lentamente desde las trabes,
formando charcos rojos que se fueron dispersando.
Eran tantos los insectos
que pronto cubrieron el piso de la alcoba.

Si miras la sangre con leucemia a simple vista
no podrías distinguir
algún elemento extraño en el fluido:
el cáncer ya es parte de la sangre;
es la sangre misma
que corre por el cuerpo que consume,
lo alimenta y lo mata simultáneamente,
como ocurre con tantas cosas que amamos,
que sentimos propias,
que abrazamos como un bien indispensable.

En el vientre hinchado de esas termitas
que morían asfixiadas
por la luz del sol y por el aire
estaba la historia de la casa
y todas las historias detrás de ella:
los siglos de un roble,
el silencio mineral de una montaña,
la arcilla que alguna vez fue mar
y enormes bestias
que no supieron cambiar
cuando cambió el espacio en que vivían.
Todas las piedras angulares,
los accidentes necesarios,
la suma de esfuerzos
y la porción de azar que construyó la casa:
todo estaba ahí.

En ese murmurar
de sangre que goteaba
también iba nuestra historia,
nuestro tiempo.

Náufragos nosotros mismos,
también ahogándonos,
hundidos por el peso de una luz
que no entendimos,
nos dejamos arrastrar por el rumor
de nuestra sangre.

Cada quien desde su orilla del colchón,
isla en medio de ese mar rojizo,
cada quien desde su breve soledad inmóvil
lo miramos:

de aquel rincón manaba el chorro de los ecos
de una vida juntos.

Me parece

—pero quizás miento
que aquella fue la última vez
en que nos vimos a los ojos.

IX

Ahora es el desvelo con su gota de agua
en este piso,
a seiscientos kilómetros de distancia,
y la distorsión inevitable del recuerdo.

Ahora es la promesa no cumplida
y estas necias ganas de evocarte
que me llevan a ese libro tuyo
que ya no puedo devolver.

Leo estas líneas
una y otra vez y las repaso
para ver en ellas, en sus versos,
la esférica tristeza de tus ojos,
que siempre parecía *estar mirando*

tras la lluvia en el cristal de una ventana
otra lluvia, ya borrada.

Otra lluvia que no pude
(no pudimos)
comprender.

CODA

*Por los secos caminos desiertos
va tu sombra real a caballo
despertando los golpes ocultos.
No preguntes. La bestia conoce
la quemada maraña del tiempo*

Eliseo Diego

Años después del abandono;
de haber sido la cría,
el padre
y el testigo;

después
de haber trazado surcos
en el cuerpo,
en las cuencas
historias desgastadas
—imágenes de historias
que me forjaron
por años y kilómetros,
o ríos metafóricos
que han llegado a un solo cauce
o se han diseminado
en otros ríos;

años después
—rostros,

caricias,
cicatrices,
añoro la presencia
de aquellos fantasmas
que me hicieron.

¿Dónde estará la yegua
con todos sus dientes enrasados,
que agotada
de brutos jinetes
velocistas,
de látigos y espuelas alevosas,
me invitó a aprehender
en su tersura
las sutiles hormas de la dicha?

¿Dónde la mujer apenas
a quien vi pasar por tantos lunes,
pastora de rebaños de potrillos;
dónde esa potranca también ella

pletórica,
luminosa y joven y terrible,
en la que supe del silencio
de mi timidez;
oráculo
del camino en soledad
que ahora recorro?

¿Dónde aquel feroz caballerango
que me dio morada
tristezas y apellido?
¿Dónde su gallarda fusta
ya que el tiempo le cambió
la silla de montar
por la andadera?

¿Y qué será de aquella joven
de ojos rotos,
que una noche abrió
frente a mis ojos

su caja de pandora:
el espejo púrpura de su niñez
y la indecible sensación
de una tarántula sobre su cuerpo
(que aún en sueños la visita)?

¿Qué quedó de aquel hogar que fui
(que fuimos, corazón),
de aquella casa;
de la plaga rumorosa
de los miedos,
los crujidos
de las traves de madera devoradas
desde dentro;
la costumbre,
las infidelidades;
las termitas?

¿Qué habrá sido de nosotros,
tal vez ya sólo sombras,

hermosas bestias reducidas
al conteo de un camino siempre gris,
semidesierto,
en espera ya de nada
sino dar su propio afán a cada día,
su breve combustión;
tener el pan de la jornada y deshacer
en el humo de un café o de un cigarro
a media tarde las preguntas,
rebabas de esa hoguera silenciosa que es el tiempo?

No preguntes,

leo en un poema.

No preguntes,

me repito aquí.

Como la vida sigue

(siempre sigue)

pago mi tributo en este texto

con las migajas de estos puntos suspensivos...

NOTAS

Apropiaciones, marcadas en cursivas, en este libro:

De Yorgos Seferis:

voces de la piedra;
cuerpos hundidos en los cimientos;
se hunde quien levanta grandes piedras.

De Jorge Fernández Granados:

Qué silenciosamente cabía un mundo en esos ojos;
La esférica tristeza de tus ojos;
tras la lluvia en el cristal de una ventana
otra lluvia, ya borrada. Otra lluvia.

De Gilberto Owen:

de aquel rincón manaba el chorro de los ecos;
Ahora es el desvelo con su gota de agua.

AGRADECIMIENTOS

Las primeras versiones de algunos poemas de este libro se escribieron gracias a la beca de la Fundación para las Letras Mexicanas. A quienes hacen posible que exista este lugar, así como a Antonio Deltoro y mis compañeras y compañeros de tutoría, mi reconocimiento.

Mi admiración y agradecimiento al Mtro. Eduardo Langagne, no solo por su amistad y por haber fungido desde hace años como un generoso mentor, sino también por los puntuales comentarios y sugerencias que me hizo con respecto a la penúltima versión de este poemario.

Infinitas gracias a Ivonne Prieto y Ernesto Araujo, por su amistad y apoyo incondicional.

Gracias también a Mario Gensollen, Álex Zúñiga y Mariana Torres, por su fe.

Mi afecto a cada uno de mis familiares y amigos (aunque no haga aquí la mención particular de sus nombres), por su apoyo y sus constantes manifestaciones de cariño.

ÍNDICE

CABALLOS	5
Rumia el potro su misterio teologal	7
Sueño con padre y tormenta	8
Autorretrato a las 03:30.....	10
Bucólico	12
Tiovivo	14
Tambores subterráneos.....	18
Este crepitar de equinos	20
Ungido.....	22
TARÁNTULA.....	27
Recámara nupcial	29
Escalera	31
Cuarto púrpura	33
Umbral.....	34
Cuarto púrpura	35
Insomnio a tres voces	36
Recámara nupcial	37

Camino al colegio	40
Recámara nupcial-Pasillo-Cuarto púrpura	42
TERMITAS.....	45
I	47
II	48
III.....	50
IV.....	52
V	54
VI.....	55
VII.....	56
VIII.....	57
IX.....	60
CODA	63
NOTAS.....	71
AGRADECIMIENTOS	73

TODAS LAS PIEDRAS ANGULARES

Se compuso con la familia tipográfica
Times New Roman y Calibri.

Se terminó de imprimir en diciembre de 2022, en la
Dirección de Fomento Editorial y Artes Gráficas de la
Universidad Autónoma de Nayarit, ubicada en Cd. de la
Cultura “Amado Nervo”, Col. Centro, Tepic, Nayarit,
CP 63000.

El tiraje constó de 500 ejemplares
en papel bond ahuesado de 90 gms.



Universidad
Autónoma
de Nayarit

